

El Socialismo y los deportes

Un poco receloso ante la actitud que supone adoptamos frente al espléndido desarrollo de los deportes en España, el buen amigo y compañero «Aimé Floreal» ha traído a las columnas de EL SOCIALISTA esta cuestión, guiado por el noble afán de esclarecer en qué ocupaciones puede distraer la juventud sus horas de descanso.

Ciertamente que no se podría acusar de apasionado a quien motejara a la organización socialista española de cierta huraña austeridad—excesiva, si así puede calificarse—, un poco a lo cartujo, para quien es condenable todo divertimento que le aleje del culto a las ideas y de la preocupación por su propaganda. Y es que los españoles, principalmente los que vivimos en la reseca meseta castellana y en la parte Sur del país, llevamos el espíritu impregnado de tan profunda tristeza que ni cuando pretendemos aturdirnos con forzada alegría logramos otra cosa que poner más de relieve la negra melancolía que constituye rasgo característico de la raza.

Es Andalucía, la llamada tierra de la ruidosa alegría, lugar donde tiene plena confirmación lo que decimos, y hay en sus cantos regionales, sobre todo en los del típico cante flamenco, un matiz fúnebre que desborda por cima del bullicio de la más aparatosa «juerga».

Los complicados orígenes de este fenómeno en una tierra de luz cegadora, por la prodigiosa maravilla del colorido de su cielo y de su sol, deslumbrante y ardoroso, no soy yo, por mi incompetencia, quien pueda desentrañarlos. Sólo de una gran verdad estoy convencido, y a ella atribuyo parte de la tristeza española. El pueblo siempre tuvo hambre, y por eso sus burlas y donaires más bien fueron esfuerzo del ingenio hampón que demostración jocunda de la alegría del bien vivir.

De ahí que el socialismo español, habiendo prendido entre las gentes más humildes, por sentimentalidad

antes que por convicción teórica, no haya podido librarse de esta tristeza y sea no más que una organización de idealistas que hasta ahora se cuidaron muy poco del esparcimiento placentero en que restalla la alegría triunfadora de toda preocupación mojígata.

Sin embargo, verdad es que nunca se hizo campaña contra los deportes ni contra diversión alguna de las que no pueden confundirse con los vicios en que el hombre se encanalla y degenera moral y físicamente.

De las tierras frías y jugosas del Norte de Europa vimos llegar a España el cultivo de los deportes, y todavía seguimos considerando que responden a la necesidad burguesa de poner en ejercicio los músculos ociosos de los que no trabajan o restablecer el equilibrio de la salud en aquellos que tienen una ocupación sedentaria en que predomina el trabajo intelectual.

Los que a sí propios se llaman «gente bien» consagraronse los primeros al deportismo, que copiaban de la raza anglosajona, y dieron impulso extraordinario a estos ejercicios de fuerza y destreza, que ya son, como espectáculo, un competidor serio de las corridas de toros.

Así, se presencian los partidos de fútbol en medio de un ambiente de fanatismo y de pasión que provoca escenas de violencia tan lamentables como lo son los excesos de entusiasmo por los cuales se endiosa a los que el público ha elegido como favoritos. Lo que se presentó como medio higiénico de fortalecer los organismos juveniles se ha transformado en una base de saneados negocios para los contratistas de los partidos y para aquellos que, a semejanza de los toreros, se hacen pagar rumbosamente su habilidad como profesionales.

Así se emboja al pueblo, y principalmente los jóvenes se desentenden de todo problema o preocupación que no sea las incidencias de un deporte como el

fútbol, para el cual dedica la prensa muchas más columnas que al comentario de la inmensa tragedia en que España malbarata en Marruecos riquezas sin tasa y sacrifica estúpidamente millares de vidas juveniles.

De lo que en este aspecto de los deportes hacen las Juventudes Socialistas de distintos países europeos sabemos algo por la lectura de sus periódicos y revistas. Vemos cuan admirable es su obra educativa y con qué sana alegría cultivan sus músculos en hermosas fiestas al aire libre, alternando muchachos y muchachas en carreras, cánticos y juegos, con el concurso de bandas de música y orfeones, que ponen exquisitas notas de arte y delicadeza al lado de las expansiones de una mocedad siempre propicia a ofrendar sus más puros esfuerzos en bien de la causa socialista.

Así quisiéramos que en fiestas íntimas y excursiones campestres los jóvenes socialistas atendieran, simultáneamente con los actos de propaganda doctrinal, al fomento de toda clase de ejercicios físicos, en plena Naturaleza.

Sería esta sana expansión, con el ejercicio de la lectura y el estudio de los libros de los maestros, la más noble ocupación a que pudieran entregarse los jóvenes socialistas españoles en sus horas de descanso. Fiestas de íntima camaradería en las que el deportismo no tuviera nunca el carácter de negocio y apasionamiento con que lo explotan las clases burguesas.

Cayetano REDONDO